

Podría acabar en cualquier momento.

Chris Carmody se giró hacia la parte más cálida de una cama que no le era familiar. Se trataba de una pequeña depresión en las sábanas de algodón donde alguien había yacido hasta hacía poco. Alguien. Su nombre se le escapaba, todavía perdido entre capas de sueño. Pero él deseaba ardientemente el calor de aquella reciente presencia, de la responsable de aquel calor que no desaparecía. Dibujó un rostro, benevolente, sonriente y levemente estrábico. Se preguntó a dónde había ido.

Había pasado bastante tiempo desde que había compartido la cama con alguien más. Era curioso cómo lo que más le gustaba, más que cualquier otra cosa, era el calor que la otra persona dejaba entre las sábanas. Aquel espacio en el que él entraba en su ausencia.

Podría acabar en cualquier momento. ¿Había soñado él aquellas palabras? No. Las había escrito en su libro de notas hacía tres semanas, transcribiendo un comentario de un estudiante licenciado con el que se había encontrado en la cafetería de Crossbank, a medio continente de distancia.

—Estamos haciendo un trabajo fascinante, y flota en el ambiente una sensación de apresuramiento, porque sabemos que podría acabar en cualquier momento...

A su pesar, abrió los ojos. Al otro lado del pequeño dormitorio, la mujer con la que había dormido luchaba consigo misma mientras se ponía un par de pantalones ceñidos. Sintió su mirada y le sonrió con cautela.

—Eh, guapo —le dijo ella—, no es por meterte prisa, pero ¿no decías que tenías una cita no sé dónde?

El recuerdo finalmente lo alcanzó. Su nombre era Lacy. Sin información añadida sobre el apellido. Era camarera en el Denny. Su cabello era largo y pelirrojo, peinado a la moda, y era al menos diez años más joven que Chris. Ella había leído su libro. O eso decía. O al menos había oído hablar de él. Tenía un ojo vago, lo que le daba una apariencia de constante abstracción. Mientras él se frotaba los ojos para despertarse, ella se puso un vestido sin mangas sobre sus hombros pecosos.

Lacy no era muy buena como ama de casa. Pudo observar varias manchas de moscas aplastadas contra el alféizar de la ventana. El espejo para el maquillaje reposaba todavía en la mesa de al lado, donde ella había preparado unas finísimas y precisas rayas de cocaína. Un billete de cincuenta dólares descansaba sobre la alfombra al lado de la cama, tan firmemente enrollado que parecía una hoja de palma en ciernes o algún extraño insecto-palo con una mohosa mancha de sangre seca en un extremo.

El otoño estaba recién empezado y todavía hacía calor en Constance, Minnesota. Un aire balsámico agitaba las cortinas diáfanas. Chris saboreó la sensación de encontrarse en un sitio donde no había estado jamás y al cual con toda probabilidad no iba a regresar.

—Te diriges a Blind Lake, ¿no es cierto?

Él recogió su reloj de una pila de revistas *People* de la mesilla de noche. Disponía de una hora si no quería perder el transporte.

—Me dirijo a Blind Lake. —Se preguntó cuánto le había contado a la mujer la noche anterior.

—¿Te apetece desayunar?

—Creo que no tengo tiempo.

Ella pareció aliviada al oír aquello.

—Eso está bien. Conocerle ha sido fenomenal. Conozco a mucha gente que trabaja en Blind Lake, pero la mayoría es parte del personal de apoyo o proveedores. Nunca me había encontrado con alguien que fuera del núcleo duro.

—No soy del núcleo duro. Solo soy un periodista.

—No te infravalores.

—Yo también me lo he pasado muy bien.

—Eres muy dulce —dijo ella—. ¿Quieres ducharte? Yo ya he acabado en el baño.

La presión del agua era demasiado débil y se encontró con una cucaracha muerta en la bandeja del jabón, pero la ducha le dio tiempo para ajustar sus expectativas. Para poner en pie lo que quedara de su orgullo profesional. Tomó prestada una cuchilla rosa para depilarse las piernas y se afeitó la imagen fantasmal que veía reflejada en el espejo. Ya estaba vestido y en la puerta cuando ella empezaba con el desayuno: huevos y zumo, en la diminuta cocina del apartamento. Trabajaba de noche; las mañanas y las tardes eran su tiempo de ocio. Un pequeño panel de televisión en la mesa de la cocina proyectaba un culebrón a medio volumen. Lacy se levantó y lo abrazó. Su cabeza le llegaba a la altura del pecho. En aquel suave abrazo descansaba el reconocimiento de que ninguno de los dos significaba esencialmente nada para el otro, nada más que el capricho de una noche irreflexivamente consentido.

—Cuéntame qué tal te va si vuelves por aquí —dijo ella.

El se lo prometió cortésmente. Pero no iba a volver por allí.

Fue a recoger su equipaje al Marriot, donde el *Visions East* le había reservado una habitación con buen criterio (pero innecesariamente) y se encontró con Elaine Coster y Sebastian Vogel en el vestíbulo.

—Llegas tarde —le dijo Elaine.

Echó un vistazo al reloj.

—No por mucho.

—¿Crees que se te caerían los anillo si fueras puntual al menos por una vez?

—La puntualidad es el ladrón del tiempo, Elaine.

—¿Quién dice eso?

—Oscar Wilde.

—Oh, ese sí que es un buen modelo para ti.

Elaine tenía cuarenta y nueve años y una ropa safari immaculada, una cámara digital atada al bolsillo de su pecho izquierdo y un auricular colgando del brazo izquierdo de sus gafas de sol con incrustaciones de circonio, como si fuera un pelo rebelde. La expresión de su rostro era severa. Elaine era una periodista científica casi veinte años mayor que Chris, muy respetada en su campo, donde él mismo era últimamente considerado con cierto desdén. A él le gustaba Elaine y su trabajo era sobresaliente, y por eso le perdonaba su tendencia a

comportarse con él como se comporta una maestra en la escuela con el niño alborotador.

Sebastian Vogel, el tercer miembro de la fuerza expedicionaria del *Visions East*, permanecía en silencio unos pocos pasos atrás. Sebastian no era verdaderamente un periodista; era un profesor jubilado de Teología de la Universidad de Wesleyan que había escrito uno de esos libros que se convierten inexplicablemente en un *best seller*. El libro se titulaba *Dios & el vacío cuántico*. Chris sospechaba que era aquel «&» en lugar del convencional «y», el que lo había puesto aceptablemente a la última, elípticamente a la moda. La revista había querido el toque espiritual de la Nueva Astronomía para complementar el tono científico riguroso de Elaine y el de Chris, también conocido como «lado humano». Pero Sebastian, que quizás fuera brillante, era también extraordinariamente parco en palabras. Tenía una barba que oscurecía su boca y que Chris consideraba emblemática: las palabras que encontraban la forma de salir eran escasas y por lo general difíciles de interpretar.

—La camioneta —señaló Elaine— lleva esperando diez minutos.

La camioneta de Blind Lake, quería decir, con un joven funcionario chico-de-los-recados al volante, con un codo apoyado en la ventanilla abierta y expresión de no descansar lo suficiente. Chris asintió en silencio, echó su equipaje en la parte trasera de la camioneta y se sentó detrás de Elaine y Sebastian.

Era pasada la una de la tarde, pero sintió una ola de cansancio que se apoderaba de él. Algo que tenía que ver con la luz del sol de septiembre. O con los excesos de la noche anterior. La cocaína, aunque la había pagado él, había sido idea de Lacy, no suya. Él había compartido un par de rayas por camaradería, más que suficiente para mantenerlo despierto hasta casi el amanecer. Cerró los párpados brevemente, pero se negó el placer de echarse a dormir. Quería ver la ciudad de Constance a la luz del día. Habían llegado la noche anterior y todo lo que había visto de la ciudad era el Denny, más tarde un bar donde la banda del local tocaba canciones que pedía el público, y después el interior del apartamento de Lacy.

La ciudad había hecho lo posible para reinventarse a sí misma como punto de destino turístico. La base de investigación de Blind Lake estaba cerrada al público a pesar de lo famosa que se había hecho. Los curiosos se tenían que conformar con aquel viejo granero y aquel

chamizo con jardín que era Constance, que servía como ciudad dormitorio para los empleados civiles de Blind Lake, y donde el nuevo Marriot y el más nuevo Hilton alojaban ocasionalmente congresos científicos o ruedas de prensa.

La calle principal se había engalanado para Blind Lake con más entusiasmo que buen gusto. Los dos edificios comerciales de ladrillo de dos plantas parecían datar de mediados del siglo pasado; eran de ladrillo amarillo argamasado con arcilla del lecho del río local, y podrían haber resultado incluso bonitos si no hubiese sido por aquel afán exagerado de espíritu vendedor que se había apoderado de ellos. El tema de la *langosta* estaba inevitablemente en todas partes. Langostas de felpa para niños, recortables de *langostas* para poner en las ventanas, pañuelos de cócteles de *langosta*, *langostas* de cerámica para el jardín...

Elaine siguió su mirada y adivinó su línea de pensamiento.

—Deberías haber cenado en el Mariott puta sopa de *langosta*—dijo. Él se encogió de hombros.

—Tan solo es gente que intenta ganarse el pan con el sudor de la frente, sacando adelante a sus familias.

—Ganando el pan gracias a la ignorancia. No entiendo todo este asunto de las *langostas*. No se parecen a *langostas* para nada. No tienen exoesqueleto y Dios sabe que no tienen un océano en el que nadar.

—La gente tiene que ponerles algún nombre.

—La gente quizás tenga que ponerles un nombre, pero ¿tienen que emborronar corbatas con él?

El trabajo de Blind Lake había sido indudablemente vulgarizado de forma masiva. Pero lo que molestaba a Elaine, o eso pensaba Chris, era la sospecha de que, en algún lugar entre las estrellas más cercanas, estuviera sucediendo algún tipo de acto recíproco similar. Caricaturas plásticas de seres humanos con la boca abierta detrás de ventanas acristaladas bajo un sol alienígena. Su propio rostro, quizás, impreso en una jarra como *souvenir*, en la cual inimaginables criaturas bebían líquidos misteriosos.

La camioneta era un vehículo polvoriento de color azul eléctrico que habían enviado desde Blind Lake. El conductor parecía no querer hablar pero quizás estuviera prestando atención a la conversación, pensó Chris, tratando de deducir sus «intenciones encubiertas». El departamento de relaciones públicas haciendo un poco de trabajo

encubierto. La conversación resultaba por eso mismo un tanto artificial. Salieron de la ciudad por la interestatal y se desviaron en silencio hacia una carretera de doble carril. Entonces, a pesar de la ausencia de letreros obvios más allá de aquel «CARRETERA PRIVADA, PROPIEDAD DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y DEL MINISTERIO DE ENERGÍA», ya se hallaban en territorio privilegiado. Cualquier vehículo no autorizado habría sido detenido en el primero de los puestos de control (oculto) que había cada quinientos metros. La carretera estaba bajo vigilancia constante, tanto visual como electrónica. Recordó algo que Lacy le había comentado: en Blind Lake, incluso los coyotes llevaban pases.

Chris volvió la cabeza hacia la ventanilla y observó el paisaje. Los campos de cultivo dieron paso a una llanura abierta y a una pradera salpicada de flores salvajes. Un país seco, pero no desértico. La noche anterior, una tormenta había retumbado por toda la ciudad mientras Chris se refugiaba con Lacy en su apartamento. La lluvia había barrido las calles, limpiándolas de rastros combustibles y atascando los desagües con periódicos empapados y maleza, provocando un tardío espectáculo de color en la pradera.

Un par de años atrás un rayo había iniciado un incendio que estuvo a quinientos metros de alcanzar Blind Lake. Se habían traído bomberos desde Montana, Idaho y Alberta. Todo aquello había quedado muy fotogénico en las noticias (y enfatizaba la fragilidad de la recién llegada Nueva Astronomía), pero el riesgo del complejo nunca había sido muy grande. Era simplemente otra excusa, murmuraban entre dientes los científicos en Crossbank, para que Blind Lake acaparara los titulares una vez más. Blind Lake era la hermana pequeña con *glamour* de Crossbank, siempre dispuesta a la vanidad, hipnotizada por los *paparazzi*...

Pero cualquier evidencia del incendio había sido eliminada por dos veranos y dos inviernos. Por hierba silvestre, ortigas y aquellas pequeñas flores azules cuyo nombre Chris no podía recordar. Por el envidiable talento de la naturaleza para olvidar.

Ellos habían empezado en Crossbank, porque se suponía que Crossbank les iba a resultar más fácil.

La instalación de Crossbank estaba dedicada a un mundo biológicamente activo en la órbita de HR88₃₂. Era el segundo planeta de

aquel sol, dependiendo de cómo denominara uno al anillo de cuerpos celestes que giraba entre los dos primeros planetas alrededor de la estrella. El planeta tenía un núcleo de hierro, un cuerpo rocoso con 1,4 veces la masa de la Tierra y una atmósfera relativamente rica en oxígeno y nitrógeno. Los dos polos eran aglutinaciones gélidas de agua helada que podían alcanzar ocasionalmente temperaturas tan bajas como para congelar CO₂, pero las regiones ecuatorianas eran cálidas, océanos poco profundos sobre placas continentales ricas en vida.

Aquella forma de vida simplemente no tenía *glamour*. Era multicelular pero puramente fotosintética. La evolución en HR88₃₂/B parecía haber pasado por alto el desarrollo de la mitocondria, necesario para la vida animal. Lo que no significaba que el paisaje no fuera a menudo espectacular, particularmente las enormes colonias en forma de estromatolito de bacterias fotosintéticas que se alzaban, alcanzando una altura de dos o tres pisos sobre la superficie del mar verde; o la simetría quíntupla de las bautizadas como estrellas de coral, ancladas en los lechos marinos y flotando medio sumergidas en aguas abiertas.

Era un exquisito y maravilloso mundo que había conseguido suscitar una gran expectación cuando Crossbank era la única instalación de su clase. Los mares equinociales tenían, de media, puestas de sol cada 47,4 horas terrestres, a menudo con enormes nubes que ondulaban mucho más alto que ninguna otra sobre la Tierra, castillos de nubes como extraídos de anuncios de bicicletas victorianas. Las pantallas de plasma, como ventanas decorativas con programas de aquel paisaje ajustado al ciclo terrestre de veinticuatro horas, habían sido tremendamente populares durante años.

Un mundo precioso, y que había facilitado grandes cantidades de información sobre la evolución planetaria y biológica. Todavía continuaba proporcionando datos extraordinariamente útiles. Pero era estático. Nada se movía demasiado en el segundo mundo de HR88₃₂. Tan solo el viento, el agua y la lluvia.

Eventualmente se le llegó a conocer como «el planeta donde nunca pasa nada», una frase acuñada por un columnista del *Chicago Tribune* que consideraba a toda la Nueva Astronomía como una fuente más de conocimiento, llamativa pero inútil, a cargo de los presupuestos federales. Crossbank había aprendido a ser cauto con los periodistas. *Visions East* había negociado largo y tendido para obtener una semana

de convivencia en el Crossbank para Chris, Elaine y Sebastian. No hubo ninguna garantía de cooperación, y probablemente había sido únicamente la sólida reputación de Elaine como periodista científica la que finalmente había llegado a convencer al departamento de relaciones públicas. O la reputación de Chris, quizás, la que los había hecho tan reacios a acceder.

Pero la visita a Crossbank había resultado un éxito en líneas generales. Tanto Elaine como Sebastian afirmaban haber hecho un buen trabajo allí.

Para Chris había sido un poco más problemático. El director del departamento de Observación e Interpretación se había negado rotundamente a hablar con él. Su mejor cita había venido del chico de la cafetería. «Podría acabar en cualquier momento». E incluso el joven de la cafetería había terminado por abrir los ojos como platos al leer el nombre de Chris en su pase de seguridad.

—¿Tú eres el tipo que escribió aquel libro?

Chris confesó que él era, sí, el tipo que había escrito aquel libro.

Y el chico había asentido una vez, se había levantado del asiento y había depositado su bandeja de comida a medio terminar en el anaquel sin mediar palabra.

Dos aviones de vigilancia les pasaron por encima durante los siguientes diez minutos, y los controles del salpicadero de la camioneta comenzaron a parpadear espasmódicamente. Ya habían cruzado un buen número de puestos de control para cuando alcanzaron la valla de acero que serpenteaba por la pradera en ambas direcciones, y un guardia de uniforme salió de la garita de vigilancia para hacerles el ademán de detener el vehículo.

El guarda examinó la identificación del conductor, de Elaine y de Sebastian, y finalmente la de Chris. Dijo unas breves palabras a su micrófono personal y acto seguido les proporcionó a los tres periodistas unas tarjetas de identificación con unos imperdibles para la solapa. Al final les hizo una señal con la mano para que continuaran avanzando.

Y así estuvieron dentro. Tan simple como aquello, dejando a un lado las semanas de negociación entre la revista y el Ministerio de Energía.

Tan solo una franja de hierba ondulada por el viento separada de otra por una valla de rejilla metálica y alambre de espino. Pero la

entrada era más que metafórica. Implicaba, al menos para Chris, una genuina sensación de ceremonia. Aquello era Blind Lake.

Prácticamente otro planeta.

Echó la mirada a su espalda conforme la camioneta aceleraba, y vio cómo la puerta corrediza de la entrada se cerraba con lo que más tarde recordaría como una terrible sensación de irrevocabilidad.

Teresa Hauser sabía que realmente había un lago en Blind Lake. Pensaba sobre ello mientras volvía a casa de la escuela, siguiendo su propia sombra alargada a lo largo de la acera blanca y resplandeciente.

Blind Lake, el lago, no la ciudad, era una ciénaga fangosa entre dos pequeñas colinas, llenas de espadañas, ranas silvestres, garzas, gansos del Canadá y agua verde estancada. El señor Fleischer les había hablado sobre él en clase. Se le llamaba lago pero realmente se trataba de una marisma, una antiquísima superficie de agua atrapada en una tierra pedregosa y porosa.

De modo que Blind Lake, el lago, no era realmente un lago. Tess pensó que aquello de alguna forma tenía sentido, porque la ciudad de Blind Lake tampoco era realmente una ciudad. Era un Laboratorio Nacional construido allí en su totalidad, como un decorado de película, por el Ministerio de Energía. Esa era la razón por la que las casas, las tiendas y los edificios de oficinas estaban tan dispersos y eran tan nuevos, y por la que aparecían y acababan tan abruptamente en una tierra vasta y vacía.

Tess caminaba sola. Tenía once años y todavía no había hecho muchos amigos en la escuela, aunque Edie Jerundt (a la que los otros niños llamaban Edie Grumo) al menos hablaba con ella de cuando en cuando. Pero Edie tomaba el camino opuesto para ir a su casa, hacia el centro comercial y los edificios administrativos; las altas torres refrigeradoras del Paseo Globo Ocular, lejos al oeste, constituían las señales que la guiaban a casa. Tess, cuando estaba al menos con su padre, lo que sucedía una de cada cuatro semanas, vivía en una casa